



PENSAMIENTOS DE LA MADRE TRINIDAD

Cuando se hizo el encuentro de Jesús y María en la Encarnación, la Señora, al sentirse Madre de Dios, anonadada bajo el peso del Amor Infinito que tan maravillosamente obraba y moraba en Ella, sólo pudo exclamar en adoración: ¡Dios mío...! ¡Hijo mío...!

María, la criatura adorante, escucha atónita que Dios la llama: ¡Madre! Y Ella, silenciada en su misterio, le responde: ¡Hijo...!

Imaginemos a un lado a la Trinidad viviendo su vida; a otro lado a la humanidad; en medio a María. Una de las tres divinas Personas —el Verbo— se viene al seno de la Virgen y se une a una humanidad, trayendo consigo al Padre y al Espíritu Santo. Esta humanidad injerta en sí, misteriosamente, a todos los hombres. Y así, en la Madre de Dios, comienza la realización del gran misterio de la Iglesia.

En la medida que Dios toma a María para sí, cada una de las divinas Personas lo realiza en su modo personal: el Padre la llama Hija mía; el Verbo, Madre mía, y el Espíritu Santo, Esposa mía muy amada... ¡Misterio entre Dios y la Señora toda Virgen, toda Madre, toda Reina, toda Blanca...! Madre mía, ¡cuánto te amo!

La Iglesia es la congregación de todos los hombres que, injertados en Cristo, y por Él y en Él con el Padre y el Espíritu Santo, forman unidos la gran familia de los hijos de Dios, viviendo, espiritualmente, en el seno de María.

Quiso el Amor dar una Madre a su Iglesia Santa, y para dársela según su corazón anhelaba, primero se la hizo para Él a fin de podérsela entregar luego a la Iglesia.

Nuestra Señora, desde la Encarnación, al ser Madre de Jesús, es Madre de todos los hombres, siendo su misión darnos la vida divina cogiéndola de la Cabeza y distribuyéndola por todos los miembros. Por ello, Madre de la Iglesia.